

González Vera

## Alhué

### MI PADRE

**M**i padre comenzó a existir de improviso. Un día lo vi junto a la casa montado en hermoso caballo. Nunca supe si era buen jinete; pero en ese instante impresionaba su actitud. Sentíase alegre, irradiaba seguridad. Parecía un caballero de cuadro.

Era mi padre un hombre alto, blanco, de grandes ojos llameantes. Su traje negro hacía parecer casi delgado. Generalmente su aspecto era severo, pero cuando conversaba solía reírse con risa lenta, continuada y loca que lo transformaba en absoluto.

Hablaba con mucha seguridad y su voz estaba siempre variando de tono. Sin embargo, en un lapso cualquiera, sin suspender la charla, se iba íntimamente de la conversación como solicitado por una preocupación particular.

En esa época creía yo que dentro de uno se alberga cierta alma inmortal, y observando a mi padre, cuando daba la sensación de no estar presente, sentía toda su realidad. Mientras hablaba daba casualmente con algún recuerdo significativo y lo seguía, sin desatender la lógica de la conversación. Era un desdoblamiento perfecto.

Conversando mi padre se animaba en extremo. Todo lo que contaba parecía formar parte de su propia historia. Iba diciendo las palabras en el tono menor de la voz firme. Los detalles

tenían esa vivacidad de lo experimentado. Uno veía paisajes, tipos, acción. ¡Y con qué inteligente abandono intercalaba un espacio de silencio entre una frase y otra!

Más tarde he querido separar la parte de creación que había en sus narraciones, pero no lo he conseguido.

Otro hecho fundamental de su carácter era la posición que ocupaba frente a los demás. Nadie lo tuteaba ni aventuraba en su presencia una familiaridad. A pesar de lo amable que eran sus maneras, por una razón que no pude comprender entonces, y que más tarde tampoco he descubierto, había en él algo insalvable. Por hábito natural mantenía sus relaciones en la nota más fina.

Y esa misma actitud mantenía en nuestra casa. Mi madre sentía por él un emocionante respeto que le impidió siempre emplear el tú en vez del usted.

Durante muchos años debí ser para él algo así como un arbusto. Mirábase de modo particularísimo y no me nombraba jamás. En cambio, yo le tenía más devoción que a Dios.

En casa estaba sólo a la hora del almuerzo. Durante dos horas leía *La Ley* línea por línea, sin desdeñar ni siquiera los avisos.

Desde la habitación contigua, donde me instalaba para espiarlo, veíalo leer con abrumadora atención. Las letras del diario iban saltando una a una a sus ojos. Cuando su mirada caía sobre el pie de imprenta, arrojaba el papel y se levantaba para escobillarse con la mayor parsimonia.

#### UNA CALLE

Las calles del pueblo eran numerosas y anchas en demasía para el tránsito cotidiano.

A la hora del tren se abrían todas las puertas y unas cuantas personas salían con rumbo a la estación. Encontraban no sé qué placer en mirar, a través de las ventanillas, las cabezas desgredadas de los viajeros. Para el pueblo, los hombres del tren formaban la humanidad desconocida pero latente.

Antes y después las calles eran inútiles porque nadie las frecuentaba. Permanecían mudas, desiertas, escondidas. Eran puro paisaje. Y salir al balcón resultaba ocioso.

La nuestra era una calle de gran calma. En toda su extensión no había más de doce casas, pero los cercos coronados de hojas llegaban hasta donde alcanzan las miradas, y aún superaban esa distancia.

Por el hecho de nacer en la calle principal conservaba en su primera cuadra cierto aliñamiento burgués: tenía aceras ripiadas y, de trecho en trecho, árboles anémicos, empolvados, sin primavera ni pájaros.

Después seguía una jornada de murallones clericales, y de repente la atravesaban los brazos de acero de la vía férrea, brazos fraternales si queréis, pero brazos que arrebatan desde la ciudad lejana el fruto de los campos.

Iba bajando luego con movimientos ondulantes hasta el cementerio. Su aspecto hacíase selvático. Se alzaba a su derecha un bosque de álamos transparentes que favorecía con su sombra a los innumerables ociosos del pueblo. El flanco izquierdo estaba cubierto de zarzamora. Los conejos que ahí tenían su cuartel corrían bifurcándose entre la yerba.

Tristán, mientras permanecía el sol, los acechaba desde la alameda. Su escopeta tronaba hasta que no había luz. Era el fantasma de los conejos.

Solía esparcir trozos de espejo junto a la zarza para atraerlos e inmovilizarlos; pero los conejos, seres sin vanidad ninguna, iban y venían locamente, zigzagueando.

Tan pronto como la obscuridad deshacía la calle, los raros transeúntes del día desaparecían. Y hacían bien. A esa hora, las parejas que no querían llegar al matrimonio en estado de perfecta inocencia, buscaban el amparo del bosque.

Más allá comenzaba la zona del cementerio. La calle hacíase de pronto anchurosa, como si los que por ahí transitaban necesitasen de mayor espacio.

Sin embargo, aparte del asno que poseía el Municipio, todos preferían irse por otro camino, porque un cementerio, aunque

no tenga en su frontispicio coplas de Manriquez o inscripciones aterradoras, entenebrece todas las almas.

El asno era el único paseante venturoso. La proximidad del cementerio ponía entre él y sus enemigos una muralla de paz. Además en el contorno sobraba la yerba.

Frente al cementerio tenía su casa el viejo Aliste, sepulturero perpetuo ante quien nacían y morían las gentes después de acabar una vida sin asunto.

Un poco más lejos se asomaba el rancho de Cacú estrangulado por la zarzamora. Desde ahí seguía la calle sin la compañía de nadie. Y, naturalmente, aburrida de su propia soledad, se empinaba un tanto y saltaba al río. Este se la llevaba consigo eternamente.

### CREPÚSCULO

La primera casa que habitamos, de fisonomía vagamente española, era demasiado grande. Al término de sus cuartos, un patio perennemente musgoso y siempre abandonado, la aislaba de la arboleda.

En la vastedad de ese albergue continuamente silencioso, yerto, inalterable, conocí todos los matices de la desesperación. Sentía deseos de huir, de trepar árboles, de gritar multitud de palabras, de oír otra voz. Después el aburrimiento roía todos mis deseos, aplastaba mi cuerpo y me dejaba a tono con el ambiente.

Pero apenas el sol se hastiaba de estar sobre el pueblo, y las sombras de los árboles, las casas y los cuerpos se desprendían de esto para amalgamarse en la atmósfera, la alegría corría por la calle y golpeaba en nuestra puerta.

Los vecinos ponían los pisos en la acera y aguardaban la hora de cenar.

Las sombras iban pegándose circularmente y adensándose, y cuando ya el pueblo estaba encerrado, nos sentíamos como bajo la carpa de un circo.

El farolero del pueblo iba despertando las luces de nuestra

calle. Qué gusto daba verlas temblar dentro de la obscuridad.

En la esquina inmediata estaba el Almacén El Tropezón... Una recia vara, pulida por el tiempo y el uso, servía a los huasos para atar sus cabalgaduras y topear en los días festivos.

También el despachero aguardaba la noche. Apoyado en el mostrador miraba hacia la calle sin pestañear, con todos sus sentidos en tensión. A él no lo sorprendía así no más el aliento de la noche. Mientras su vista percibía claramente la figura de las cosas ubicadas en el contorno, sentíase tranquilo; pero cuando se iniciaba la transfiguración y las formas individuales se sumaban en un todo inabarcable, desmesurado, recogía su mirada hasta el umbral y esperaba nerviosamente el arribo de la penumbra. Por solapado que fuera el avance de ésta, él no se dejaba engañar. Encendía las cuatro lámparas del negocio y la penumbra se esfumaba velozmente.

Los peones de los fundos circundantes entraban a beber. La calle se llenaba de palabras, risotadas y gritos.

También solían pasar algunas carretas. Sus astrosos conductores, perdidos en la obscuridad y subordinados al lentísimo franco de los bueyes, cantaban tonadas de enervante monotonía.

Poco antes de la queda, llegaba hasta nuestra puerta un hombre trajeado de negro, bajo y de bondadosa barba amarillenta. A menudo me dejaba entre las manos un paquetito con frutas secas.

De día el Almacén El Tropezón tenía escaso movimiento. Entraban algunas personas antes del desayuno y cerca del almuerzo. En las demás horas no había sino tierra y soledad.

Su dueño, don Nazario, sudaba angustia, porque aborrecía el silencio y carecía de iniciativa interior. Quizás le hubiera convenido más instalar una taberna en la ciudad; pero tampoco podía sufrir una situación nueva. Lo desconocido le horrorizaba. El no podía concebir nada; pero se aburría.

## DON NAZARIO

Don Nazario era altísimo... No terminaba nunca de ser grande. De sus hombros ya un poco cansados nacía el cuello, afianzado por gruesas venas, y sobre éste gravitaba una cabeza pequeña y canosa, de cuya cara, más pequeña aún, caía, sin desprenderse, una enorme nariz,

Era serio, perezoso monosilábico. Desde la mañana mordía su vieja pipa y tranqueaba por la acera de su almacén.

Le gustaba que los demás hablasen. Un charlatán impenitente era para él un ser de gran inteligencia. La posibilidad de asociar varias palabras le maravillaba.

Sin embargo era absolutamente reacio a la elocuencia. Tal vez entendía las palabras; pero en su vida de relación no emitía más de cuatro.

Cuando necesitaba responder no decía sino *así*. Y bastaba. Por el tono y el ademán podía deducirse lo que anhelaba.

Su mujer no se asomaba al mostrador casi nunca. Tenía el esqueleto muy escondido entre las carnes y el malhumor a flor de piel; pero tampoco hablaba. En su mímica cotidiana expresaba tanto la alegría como el disgusto.

Y precisamente en el mutismo residía la desventura conyugal.

Don Nazario, a pesar de hallarse tan cerca del cielo, era un hombre melancólico. Nunca lo abandonaba esa especie de tristeza carnal que vive y permanece en quien no ha conocido más mujer que la propia.

Solía aventurarse por las casas de las viudas. Pero era tan grande, tan mudo. Se asemejaba más a un árbol que a un hombre. Y luego no sabía decir esas palabras mágicas que afiebran la piel. Todo el deseo se le concentraba en sus ojos de brasas; pero su inmenso esqueleto, aislador de toda posibilidad romántica, ahuyentaba a las más valientes. Jamás se le aproximó el éxito. Estaba condenado al abrazo frío de su mujer, de su mujer de tantos años.

En su condenada vida de almacenero no tenía más placer que escuchar. Sus grandes orejas le permitían enfocar los ruidos lejanos con perfecta claridad. Sabía cuándo el caudal del río era mayor y percibía el traquetraque del tren mucho antes que llegara a la estación. En la noche oía ensimismado la plática de los peones.